

Amigos y amigas:

El imaginario colectivo de Roma hizo de Janus el patrono de las puertas, el jerarca de las transiciones y de las dualidades, el símbolo mismo de lo que comienza, de lo que sigue y de lo que termina. Janus podría sintetizar el paradigma de nuestras reflexiones. Es el dios con dos caras, una mirando hacia atrás y otra hacia adelante. Eso es lo que debemos hacer.

A los diez años del referendo de Costa Rica para la aprobación del TLC y un poco más desde su entrada en vigencia para el resto de los países signatarios, la historia nos convoca para que recapitemos bajo el signo de Janus: mirando hacia el pasado, es cierto, pero también hacia el futuro. Necesitamos descifrar los desafíos que abrió para cada país, desde su inicio, y la forma en que cada uno respondió a las oportunidades que se gestaban con el tratado. Siendo colectivo en su negociación, el balance que hacemos ahora necesita ser también individualizado. Y así ha sido el análisis pormenorizado de los colegas que me precedieron.

Frente al aprovechamiento que se ha tenido del TLC cada país debe aguantar su propia vela. Siendo el mismo tratado, significó diferentes cosas, para cada país. El hecho mismo de los disímiles caminos y ritmos que necesitó tomar el TLC en cada país para aprobarse muestra la diferenciación de su significado y la diversidad

de sus desafíos, llegando en Costa Rica hasta el extremo de necesitar una consulta popular para aprobarse.

Quiero comenzar por hacer una reflexión de los desafíos del TLC en clave costarricense. Primero, lo más impresionante, ¿Por qué necesitó Costa Rica un referendo para aprobar el TLC? Y, todavía más impactante: ¿Cómo es posible que un tratado comercial tuviera la fuerza de polarizar al país en partes iguales?

El caso costarricense es un precursor, por más de diez años, del significado social contrapuesto de los impactos de la globalización. El comercio mundial es instrumento indispensable para el progreso, pero sus impactos desnudan también, al mismo tiempo, de forma aún más cruda, los espacios de inequidad de nuestras sociedades.

La misma fuerza de la globalización que lleva progreso, también impone la necesidad de universalizar socialmente sus frutos. Pero la integración con el mundo, que nos es facilitada, por ejemplo, con un acuerdo comercial, como el TLC, no tiene ninguna función en la integración interna de nuestras sociedades. Eso es del resorte de las políticas internas de cada país, que deben acompañar a las políticas comerciales. Y ese es el gran problema actual: las tareas políticas de apertura comercial, llevadas a cabo por nuestros países, con meritorio éxito, dejan al descubierto desafíos políticos que, para

decirlo con un extremo eufemismo, no siempre han sido cabalmente enfrentados en el acceso local a las oportunidades globales.

Costa Rica, país emblemático en sus exitosos procesos de apertura comercial y atracción de inversión extranjera, diversificación de exportaciones y participación en las cadenas globales de valor, sufrió de forma aparentemente contradictoria, una prematura expresión de desafecho social con la Globalización. Ese desapego se expresó dramáticamente hace 10 años, obligando al país a un referendo y dejándolo, hasta ahora, políticamente fragmentado.

Fue un desafecho precursor de los tiempos que vivimos hoy, y se debe, probablemente, a que Costa Rica ha tenido un comportamiento polarizante más típico de los países desarrollados. En Costa Rica los beneficios de la globalización no han sido los mismos para todos y la desigualdad se ha acentuado, a contrapelo de la región latinoamericana.

Vivimos en un mundo dinamizado por el comercio y económicamente entrelazado por la tecnología. Pero también es un universo donde las disparidades sociales se recrudecen, las diferencias educativas dividen el acceso a las oportunidades y las brechas territoriales rompen la cohesión nacional. Todas estas asimetrías internas plantean enormes desafíos en el ámbito de la política pública de cada país.

Ese análisis, se me dirá, no es comercial. Pero no estamos aquí en realidades de compartimentos estancos. El impacto de la desigualdad social ya tuvo en los Estados Unidos una resonancia que ahora se traduce en términos comerciales: ruptura de los grandes tratados, del Pacífico y el Atlántico, renegociación del NAFTA y amenazas de retorno a un fatídico aislacionismo y proteccionismo. Eso es comercial. Por eso abordar la desigualdad y mejorar de forma integral nuestras capacidades domésticas de aprovechamiento del TLC, en nuestro caso, son el principal desafío político, la principal tarea pendiente, en estas efemérides de reflexión.

Volvamos a Janus y miremos hacia adelante. Seamos honestos, desde el punto de vista estrictamente comercial, los desafíos productivos del DR-CAFTA apenas están comenzando, porque hasta ahora comienzan a vencerse los períodos de gracia para los productos sensibles y nos preguntamos qué ha hecho el sector productivo para prepararse durante las vacas gordas y cómo han avanzado los países hacia políticas industriales que mejoren su competitividad, ante la inminencia de una competencia libre a la vuelta de la esquina.

En cada país signatario, se asumieron políticas específicas que determinaron el nivel de impactos positivos del TLC. En ocasiones, se trató, como en Nicaragua, de políticas visionarias, aprovechando el TLC para incluir una serie de normativas, en agendas

complementarias, que no eran exigidas por el TLC, pero que mejoraron fuertemente su capacidad competitiva: Su ley de Pymes, su ley de competencia y su ley de aguas, que se presentaron como agendas complementarias al TLC. Otros países aprovecharon la ocasión del TLC para mejorar su capacidad institucional y así nació la DICOEX en RD.

Sin embargo, sin tener agenda complementaria, los mayores impactos del TLC los tuvo Costa Rica, no por políticas visionarias, sino a contrapelo de la propia voluntad política hegemónica de intervencionismo monopolista de Estado. La apertura de Telecomunicaciones y de Seguros significó no solamente un récord de inversión extranjera, sino que mejoró la competitividad nacional y personal, clave en el crecimiento del comercio de servicios del país y en la satisfacción de sus ciudadanos.

Donde un monopolio no fue afectado por el TLC, el monopolio siguió, como es el caso de una refinería que no refina. Si el TLC hubiera abarcado apertura en la distribución de combustibles, otro gallo cantarí y cantarí bien.

Veamos hacia adelante. Desde la crisis financiera del 2008, que dichosamente nos agarró con un TLC, la economía y el comercio mundial no se han recuperado plenamente. Esa desaceleración económica ha restringido el crecimiento local y cercenado las

políticas redistributivas. El menor crecimiento de las economías restringe el margen para la inversión pública, incluso en países que han tenido reforma fiscal. Ya no digamos en Costa Rica, donde hasta el paso del impuesto de ventas a uno de valor agregado sufre dolores de parto.

El rezago tecnológico y productivo de nuestros países choca contra los procesos disruptivos de cambio tecnológico que afectarán la localización y la forma del empleo manufacturero.

El DR-CAFTA de ayer, no es el DR-CAFTA de mañana.

En estos tiempos de vacas flacas, si vinculamos en la misma mirada la disrupción tecnológica acelerada con nuestra inercia de políticas productivas, en el futuro cercano, podría proyectarse una agravación de todas las brechas. Si ese fuera el escenario resultante, el descontento social aumentaría, se acentuaría el desapego de la población con las instituciones públicas y las voces de una disconformidad no atendida, que ya nutren el diálogo social actual, exacerbarían el caldo de cultivo que alimenta los populismos tanto de derecha, como de izquierda, vinculados solamente por un común rechazo ideológico de la globalización.

No estamos todavía ahí. Pero tampoco estamos lejos. Decía Hegel que en la noche todos los gatos son pardos, es decir, que el sentido de los

acontecimientos no se puede apreciar, con todas sus consecuencias, en la noche del instante en que ocurren, sino solamente a la luz de la historia subsiguiente, donde sus consecuencias aparecen con todo detalle.

No puedo, pues, predecir, todas las consecuencias concretas que podría tener la inercia política de hoy. Ese es el sentido más profundo de estas reflexiones: partir de nuestras acciones y de nuestras omisiones y destacar la responsabilidad que tenemos de incidir positivamente en un mejor mañana para una comunidad de países hermanos, vinculados por la geografía, el comercio y la historia.

Muchas gracias.